

espíritu concibe apenas ahora (1826) este poder de la voluntad de un solo hombre, que alistaba á un mismo tiempo bajo sus banderas á los marineros del Báltico, á los pastores de los Alpes Julios, y á ciento y sesenta mil Franceses. El mapa de la parte del mundo que se llamaba *Francia*, presentaba 24 grados de longitud y 7 de latitud, con cuarenta y un millones de habitantes, divididos por cuatro idiomas y otras tantas religiones; pero la dominacion directa de Napoleon y de su familia comprendia ochenta y cinco millones de hombres, que, reunidos á los diez y seis de su dominacion indirecta, formaban la cantidad de mas de cien millones de Europeos que obedecian sus órdenes. Paris era la capital de la Europa vencida, y Londres lo era de la Europa irritada. La primera ciudad recibia los homenajes de la sumision, la segunda los votos de la venganza.



## CAPITULO II.

GUERRA DE ESPAÑA. — REUNION DEL OLDEMBOURG AL IMPERIO. — NACIMIENTO DEL REY DE ROMA, EL 20 DE MARZO. — NEGOCIOS ECLESIASTICOS CON LA CORTE DE ROMA.

(1811)

Las cortes se juntaron en Cadiz el 25 de septiembre de 1810, en número de ciento y cincuenta diputados en lugar de doscientos y ocho que componian la representacion de las treinta y dos provincias. Desde allí, estaban observando los acontecimientos de la Península; pero sin entregarse enteramente al influjo británico. Su actitud era meramente política, y, rodeadas por la guerra que debia dirigir sus resoluciones, se ocupaban en sentar las bases de la grande acta cuyo objeto era establecer las nuevas libertades de la España. Las cortes podian todavía contar con fuerzas numerosas, á pesar de las ventajas conseguidas por los Franceses, pues, prescindiendo de las tropas



inglesas y portuguesas, que obedecian á Wellington, tenian un ejército de línea y un sin fin de guerrillas mandadas por unos gefes atrevidos. Mina tenia el mando de Navarra y de Aragon; Porlier de Galicia; el Empecinado, el Médico y Duran ocupaban las sierras de Castilla y de Aragon; Santocildes, Sanchez, el baron de Eroles y muchos otros se hallaban á la cabeza de partidas mas ó menos numerosas.

Pero las cortes, cansadas de una lucha desastrosa, y movidas del deseo generoso de sustraerse á la dominacion británica, enviaron muy en secreto, en el mes de mayo de 1810, un agente al duque de Orleans en Palermo, convidándole en nombre de la libertad y por una carta muy urgente, á venir á tomar el mando general de Cataluña. El príncipe admitió la oferta; pero habiendo llegado á Tarragona, el gobernador español le declaró que no tenia orden de entregarle el mando. El príncipe conoció facilmente que el gobernador estaba dominado por un influjo extranjero, y vino á Cadiz para que se le diese la explicacion de tan extraña conducta; pero halló la regencia igualmente contraria al paso que habia dado anteriormente. El enviado britá-

nico tuvo la osadía de exigir de la regencia que obligase al duque á embarcarse para Londres á bordo de una fragata enviada al efecto. El príncipe se negó á suscribir á esta violencia, y permaneció en Cadiz con el intento de aguardar la convocacion de las cortes y de valerse de su autoridad. El gobierno ingles amenazó sacar sus tropas de España, si el duque de Orleans no se retiraba. El príncipe fue á la isla de Leon donde las cortes estaban reunidas; pero la sesion estaba secreta, y una diputacion salió á declarar al duque de Orleans que su salida importaba á la España; de manera que la intriga inglesa se logró perfectamente. El duque tuvo que volver á Palermo, sobre la misma fragata española que habia venido á buscarle y el despotismo británico se fortificó todavía mas.

El año de 1811 habia empezado de un modo brillante para los ejércitos franceses, cuyos felices sucesos se siguieron casi sin interrupcion bajo las órdenes de los mariscales Soult y Suchet. Tortosa aguantó diez dias de trinchera abierta y se entregó el 2 de enero. El 22 del mismo mes, Soult, despues de haber batido á los generales Mendizabal y Ballesteros,



se apoderó de la importante plaza de Olivenza y, el 19 de febrero, cogió nuevos laureles sobre el Gebora, donde el enemigo perdió mas de cinco mil hombres; esta batalla le abrió el 11 de marzo las puertas de Badajoz. Pocas semanas bastaron á Sout y á sus veinte mil hombres para destruir dos ejércitos españoles, coger veinte y dos mil prisioneros y tomar dos plazas fuertes, Olivenza y Badajoz. Sin embargo, dos meses despues, esta última ciudad fue cercada por el mariscal Beresford, á la cabeza de veinte y cinco mil hombres apoyados por un ejército español. Sout juntó sus fuerzas para socorrer á Badajoz; Beresford levantó el sitio y vino á sentar sus reales delante de esta ciudad sobre las orillas del Albuera con las tropas inglesas, portuguesas y españolas. La batalla fue muy reñida, y los aliados la celebraron como un triunfo, sin embargo de que les costó diez mil hombres y sus posiciones. Mas razon tenia el mariscal Sout de llamar victoria á una accion que le habia hecho lograr el fin que se habia propuesto, que era de hacer levantar el sitio de Badajoz y abastecer la plaza. Con todo, este suceso no pareció bastante decisivo á una dipu-

tacion de las cortes que habia venido hasta Sevilla para tratar con el rey José. Despues de haber asegurado la defensa de Badajoz, el mariscal Sout volvió á Sevilla. Pero, á principios del mes de junio, Wellington, habiéndose reunido á Beresford, volvió á emprender el sitio de Badajoz y abrió la trinchera. La plaza sostuvo y rechazó dos asaltos; entretanto, los mariscales Sout y Marmont se reunieron en Mérida. El ejército combinado tuvo por mas prudente no aguardarlos y volvió á pasar el Guadiana el 17 de junio. En vano el mariscal Sout procuró atraerlos á empeñar una accion; Wellington, fiel á su sistema de retiradas, se puso detras de sus líneas. Lo mismo sucedió en Ciudad-Rodrigo, sitiado tambien por los aliados en el mes de septiembre; Wellington se retiró al acercarse el mariscal Marmont y el general Dorsenne. La toma de Murcia dió fin á la campaña del mariscal Sout en 1811.

Por su lado, el general Suchet continuaba el curso de sus brillantes hazañas. A últimos de abril se puso en marcha para atacar á la fuerte plaza de Tarragona; la cercó el 4 de mayo; desde el 16 de junio al 28, dió cinco asaltos sangrientos y se apoderó de la ciudad donde



halló el baston de mariscal. El 29 de octubre, ganó sobre los generales Blake y O'Donnel la batalla de Sagunto, donde entró el dia siguiente. Este punto, fortificado por la naturaleza, por los Romanos, por los Moros y por los Españoles, aseguró las comunicaciones de Valencia, de Zaragoza y de Barcelona. En fin, el 26 de noviembre, el mariscal Suchet, persiguiendo sin cesar al general Blake que queria cerrarle el camino de Valencia, le obligó á abandonar su campo atrincherado detras del Guadalaviar y á encerrarse dentro de la plaza. Un mes despues, el 26 de diciembre, Suchet pasó el Guadalaviar y, al cabo de quince dias, la gran ciudad de Valencia, antigua capital de un hermoso reino, y depósito general de todas las fuerzas y de todas las provisiones de los insurgentes, tuvo que rendirse al nuevo mariscal, con una guarnicion de diez y ocho mil hombres, mandada por diez generales y novecientos oficiales y defendida por cuatrocientos cañones. Suchet habia abierto la campaña de 1811 por la toma de Tortosa, el 2 de enero, y abrió la de 1812 por la de Valencia, el 9 de enero. El título de duque de Albufera conquistado sobre las murallas de Valencia,

pagó dignamente el año mas hermoso de su vida militar. El ejército, que le estaba muy adicto, miró como una recompensa de sus servicios las distinciones dadas á su gefe.

Tal es el bosquejo de la guerra de la Península durante el año de 1811; esta guerra continuó la gloria de nuestras armas y dió nuevas pruebas de nuestra superioridad militar; pero, por una fatalidad inherente á las empresas contra los derechos sagrados de los pueblos, los Españoles se fortificaban en la desgracia y puede decirse que salian victoriosos de las batallas que perdian. Se acercaba el tiempo en que, pudiendo salir de Cadiz y de la isla de Leon, tuvieron por campo de batalla los montes, los rios y los desiertos de su patria. Toda la tierra española conspiraba y estaba en fermentacion, aunque Napoleon, dueño de todas sus ciudades, la considerase desarmada, vencida y avasallada. En ninguna época, el fanatismo de la servidumbre nativa habia influido con mas fuerza sobre una nacion; estaba combatiendo por unos reyes que la habian abandonado y por unos frayles que la tenian embrutecida; se sacrificaba incesantemente á esta independencia estúpida como á una inquisi-



cion primitiva. La libertad era entonces para los Españoles, lo que en el dia, un sacrilegio. La Inglaterra se valió con habilidad de este elemento bárbaro; entregada de golpe á una inspiracion gigantesca, inventó la combinacion de una gravitacion terrible, para ahogar al coloso guerrero de la Francia entre el pueblo siervo del Mediodia y el pueblo siervo del Norte, que, defendido igualmente por la naturaleza, y dominado por un mismo fanatismo, se presentaba como el aliado natural de la España. La necesidad sugirió esta vasta y profunda concepcion á la Gran Bretaña; en efecto veia cada dia el bloquéo continental triunfando de su bloquéo marítimo; se hallaba oprimida bajo el peso del inmenso comercio que amontonaba en vano, dentro de sus puertos, los productos de las dos Indias, y tenia que temer y combatir á su maravillosa industria, herida en sus talleres por los decretos de Napoleon. Con dos años mas de duracion de esta ley inflexible, la Gran Bretaña tenia que postrarse á los pies de su émula. Su poblacion de artesanos manifestaba ya síntomas de insurreccion, y la Inglaterra no podia titubear en tomar un partido decisivo, por arriesgado que fuese. El

Tajo estaba sobre las armas; fue menester armar la Neva, para que el gigante que tantas veces ha vencido á los Españoles y á los Rusos perezca debajo de sus esfuerzos combinados. La política de Londres iba á reunir, contra el enemigo comun, dos naciones separadas por toda la civilizacion de la Europa. Los Españoles tienen recuerdos antiguos y gloriosos. Sus abuelos presenciaron la caida de los Cartagineses y de los Romanos; son hijos tambien de aquellos hombres del Norte que echaron á los Califas. Encuanto á los Rusos, no tienen abuelos, y todos sus recuerdos son recientes ó bárbaros; pero han visto la Suiza y la Italia; empiezan á creer que son europeos, y pueden llegar á ser conquistadores.

Entretanto, Napoleon, rodeado de todas las prosperidades humanas, no descansaba sobre la paz de Tilsitt, ni tampoco sobre las seguridades dramáticas de Erfurth. Unos avisos secretos llamaron su atencion hácia las reuniones militares que se hacian silenciosamente en el Norte. Tenia mucho interes en andar con cuidado respecto á la Rusia, y á quitarla todo pretexto de descontento, en un momento en que la España y la Inglaterra tenian ocupados



sus ejércitos. Con un año mas de guerra, la Península quedaba vencida, y el orgulloso Tamesis volvía á ver á los fugitivos del Tajo, como habia visto á los del Escalda. Napoleon sabia que su hermano soportaba con trabajo los embarazos de la conquista de su trono. Poco le importaba, para sus miras políticas, que el rey de España se llamase José ó Fernando, con tal que los Ingleses desapareciesen de la Península. Este sentimiento le dominaba exclusivamente; veía la Rusia á lo lejos, pero tenia enfrente á la Inglaterra; advirtió que un corto espacio de las costas del Báltico se habia sustraído al sistema continental, y, el 18 de febrero, decretó la reunion al imperio del ducado de Oldembourg cuyo soberano era cuñado del Emperador Alejandro. En vez de irritarse de esta violencia impolítica, la Inglaterra la celebró y se valió de este nuevo agravio para introducirse de oficio en los consejos de San Petersbourg.

Mientras tanto, Napoleon estaba aguardando con ansia un acontecimiento del cual dependia la suerte de su dinastía. La Emperatriz estaba en dias de parir, y la esperanza ambiciosa que inflama y sostiene á los hombre de su clase,

le prometia un heredero. Llegó el momento decisivo, el 20 de marzo, pero el parto de Maria Luisa encuentra obstáculos imprevistos, y tales que su vida y la de su hijo peligran igualmente; dependian de una operacion cuyo resultado feliz era muy dudoso. El cirujano Dubois vino á consultar á Napoleon. *No pienses sino en la madre*, contestó, *y tratad la Emperatriz como una vecina de la calle de San Denis*. En seguida, se acercó del lecho de Maria Luisa consolándola, exortándola y animándola; despues de veinte y seis minutos de los mas vivos dolores, el hijo salió á luz con el auxilio de los hierros, pero durante siete otros minutos no dió señal de vida. En fin, á fuerza de cuidados empezó á respirar, vivia; el Emperador, fuera de sí, se precipitó á la puerta del salon donde la Francia y la Europa estaban aguardando sus destinos; la abrió exclamando: *Es un rey de Roma!* Ciento y un cañonazos anunciaron á la capital el nacimiento de Napoleon II; el júbilo fue general; en la casa del ayuntamiento, M. Bellart y los individuos del consejo que proclamaron, en 1814, la destitucion de Napoleon, votaron diez mil francos de renta para el page que vino á



traerles la noticia aguardada con tanta impaciencia. Esta fue la última vez en que un mismo sentimiento de felicidad unió á Napoleon con la Francia. La naturaleza pareció haber producido de mal grado á este hijo sobre el cual se confundian las esperanzas de dos grandes monarquías; fue menester arrancársele.

El rey de Nápoles habia venido á Paris para el bautismo del rey de Roma; tuvo con Napoleon las explicaciones las mas vivas, cuyos resultados estan hasta ahora mas conocidos que las causas que eran graves. Joaquin reprochó á Napoleon los obstáculos que habian impedido, el año anterior, el feliz éxito de la expedicion de Sicilia, atribuyéndolos principalmente á la ausencia de la escuadra de Tolon. Se quejó de verse reducido á ser un mero instrumento de una potencia á quien tenia que sacrificar sus Estados. Joaquin manifestó asimismo, á Napoleon las inquietudes que le causaba el título de rey de Roma dado á su hijo; pero el Emperador, que no habia acostumbrado á los reyes extranjeros, y mucho menos á los de su familia, á dirigirle semejantes representaciones, se aprovechó de la ocasion

para insinuar á su cuñado que podria llegar el caso, algun dia, en que tuviese que renunciar el trono de Nápoles, para volver al gran ducado de Berg. El Emperador tenia ya determinado este arreglo para Nápoles, así como para los tronos de España y de Westfalia, como lo hizo sospechar la reunion de la Holanda. La ejecucion de esta gran medida política, subordinada á los acontecimientos, estaba emplazada para la época de la paz general, con el fin de presentar el sacrificio de estas soberanías condicionales, como una concesion á esta primera necesidad de la Francia. Desde entonces, el rey de Nápoles dejó traslucir sus disposiciones hostiles contra Napoleon; su imprudencia y su ligereza natural no le permitieron disimularlas. Salió de Paris á últimos de mayo antes que se celebrase el bautismo del rey de Roma al que asistieron los demas príncipes de la familia imperial.

Entretanto, la Italia era el teatro de otra guerra entre el Santo Padre y Napoleon. Esta guerra siempre presentó un carácter particular, que sirve de prueba de la mudanza de los intereses europeos en aquella época. Napoleon estaba militando por su iglesia, y el Papa por